

ASSASSIN'S CREED ODYSSEY



GORDON DOHERTY

minotauro games

Assassin's Creed®
Odyssey

GORDON DOHERTY

minotauro games

Título original:
Assassin's Creed: Odyssey

© Ubisoft Entertainment, 2018
Todos los derechos reservados

Traducción de Traducciones imposibles, S.L., 2018

Assassin's Creed, Ubisoft y el logo de Ubisoft son marcas de Ubisoft Entertainment
en EE.UU. y/o en otros países

Publicado por Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

ISBN: 978-84-450-0597-2
Depósito legal: B. 21.210-2018
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters
Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Pequeños surcos de agua le caían por las mejillas. Con los ojos cerrados, lo oyó y lo vio todo de nuevo, con una viva claridad llena de horror. La descendencia de Leónidas, deshonrada, su reputación manchada. Para algunos, veinte años bastaban para olvidar sus deudas, para asumir sus errores, o para reconciliarse con su pasado.

—Para mí, no —susurró Cassandra. La lanza rota le vibraba entre las manos. Con fuerza, clavó el arma en la arena, a su lado, y los recuerdos se desvanecieron.

Sus ojos se abrieron poco a poco, adaptándose a la deslumbradora luz temprana de primavera. Las cerúleas aguas que bañaban las costas orientales de Cefalonia brillaban como una bandeja llena de joyas. Las olas rompían y la espuma se esparcía por la arena, convertida en un frío borboteo que se acercaba con suavidad hasta ella y se colaba entre sus dedos descalzos. La niebla salina llegó acompañada de unas suaves nubes, condensándose y refrescándole la piel. En el cielo despejado revoloteaban un par de gaviotas entre graznidos, al tiempo que un cormorán se zambullía en las aguas con una explosión de gotas cristalinas. Al este, cerca del brumoso horizonte, unas galeras atenienses avanzaban en una cohorte sin fin. Se deslizaban como sombras por las profundas aguas, oscuras como la noche, hacia el golfo de Corinto para acudir en ayuda al bloqueo de Mégara. Las velas de los barcos ondeaban como los pulmones de los titanes y, a

veces, el viento marino transportaba el crujido de las maromas y las cuadernas, así como los gritos roncros de los numerosos guerreros que viajaban a bordo de las naves. A principios de aquel año, Cefalonia había sido anexionada a la esfera ateniense, como la mayoría de las islas. Y así, la guerra se propagaba como un cáncer. Una vocecita en la cabeza de Cassandra le decía que debía preocuparse por la descomunal contienda que se desataba con furia por toda Hellas, removiendo aquel enorme caldero de ideologías y provocando que ciudades que antaño habían sido aliadas se enzarzasen entre ellas. Pero ¿cómo iba a hacerlo? Poco le importaba la soberbia Atenas. Y, en el otro bando... la inquebrantable Esparta.

«Esparta.»

La mera aparición de la palabra en sus pensamientos hizo añicos el delicado momento idílico en la costa. Echó una mirada de soslayo a la antigua lanza, partida por la mitad, que había pertenecido a Leónidas. La punta alada de hierro, las intrincadas filigranas de la espiga y el mango, la mitad de lo que había sido en el pasado. Siempre le había parecido muy apropiado que la única posesión que le quedase de su destrozado pasado fuese un objeto también destrozado.

Un agudo chillido la sacó de sus pensamientos. Cassandra alzó la mirada para ver cómo el cormorán emergía de entre las olas con una caballa plateada en el pico... pero un águila moteada descendía hacia él a toda velocidad. El cormorán graznó de nuevo, aterrorizado. Dejó caer su premio, ya medio masticado, y se zambulló en el agua para ocultarse de su enemigo. El águila recogió con las garras el cadáver del pescado abandonado, pero el trozo que quedaba del animal también acabó hundiéndose entre las olas. Con un enorme chillido de consternación, la gran ave empezó a volar en círculos y planeó hacia la costa, recorriendo la arena con un delicado vuelo, y se detuvo justo al lado de Cassandra. Ella sonrió a su pesar, pues la maldita lanza no era lo único que le recordaba su pasado.

—Ya lo hemos hablado, Ícaro —dijo Cassandra, con una risa entre dientes—. Tenías que traerme la caballa para asarla en el almuerzo.

Ícaro la miró fijamente, con sus ojos penetrantes y aquel pico del mismo tono amarillo que un ranúnculo. Le lanzó una mirada de reproche propia de un anciano.

—Ah, ya veo —dijo y arqueó una ceja—. Ha sido el cormorán, es culpa suya.

A Cassandra le rugieron las tripas, lo cual le recordó la gran cantidad de horas que habían pasado desde su última comida. Suspiró y extrajo de un tirón la lanza de Leónidas, que seguía clavada en la arena. Por un momento, atisbó su apagado reflejo en la hoja de la lanza. La cara ancha, los ojos color avellana apenas provistos de un toque de humor y una tupida trenza de pelo caoba que le caía por el hombro izquierdo. Vestía un *exomis* marrón oscuro (una prenda de vestir masculina que dejaba un hombro al descubierto), andrajoso y triste. El simple hecho de enarbolar la lanza ya traía de vuelta los recuerdos otra vez, así que en cuestión de un segundo se ató el arma a su cinturón de piel, se levantó y se alejó de la costa.

Sin embargo, algo llamó su atención. Se detuvo. Se trataba de algo extraño: la clase de detalle que levanta sospechas por su anomalía, como un borracho que se comporta como es debido: allí fuera, entre la neblina del mar, una galera surcaba las olas. Solo era una de entre cientos, pero no bordeaba los lejanos cabos rumbo al golfo de Corinto, sino que surcaba el mar con un rumbo fijo hacia Cefalonia. Cassandra entrecerró los ojos y contempló la blanca vela; o, para ser más específicos, la cabeza de una Gorgona sobre ella; una cabeza que le devolvía la mirada con una mueca. Era una de las representaciones más espantosas que había visto: labios con manchas verdes grisáceas por los que asomaban colmillos; ojos que brillaban como dos brasas de carbón ardientes. El nido de serpientes que formaba el pelo del monstruo parecía retorcerse con cada ráfaga de aire que zarandeaba la vela. Estuvo un rato con la mirada clavada en el aterrador semblante de la Gorgona, mientras la leyenda de Medusa se despertaba y emergía de las profundidades de su memoria: la que antaño había sido una hermosa mujer fuerte, había sido traicionada y maldecida por los dioses. Un ápice de empatía creció en su interior y volvió a extinguirse, como una chispa que se escapa de un fuego. Pero no era solo eso...; no podía ver a ningún miembro de la tripulación a bordo de la extraña nave, mas estaba segura (más que segura), de que alguien la observaba desde la cubierta. Durante un momento, el agradable frescor y la tranquilidad de la espuma del mar y el viento resultaron desapacibles, escalofrantes incluso.

«Los niños espartanos nunca deben tenerle miedo a la oscuridad, al frío o a lo desconocido», una voz arrastró las palabras desde un recuerdo enterrado en su memoria. *Su voz.* Cassandra escupió en la arena y le dio la espalda al mar y a la extraña nave. Los recuerdos de las enseñanzas de su padre eran todo lo que le quedaba de la que en el pasado había sido su digna familia. Algunos mercaderes de paso habían llegado con lóbregas historias de la familia rota de Leónidas. Se contaba que Mirrina, perdida, se había suicidado. La pérdida de no solo uno, sino de sus dos hijos, la había llevado hasta la muerte. «Por lo que hice esa noche», pensó Cassandra.

Se alejó de la playa a zancadas. Atravesó las dunas y los barrones mecidos por el viento y emprendió el camino por un sendero rocoso. Al otro lado, llegó a un pequeño promontorio que daba a la costa y al sencillo refugio de piedra que era su hogar. Los blancos muros enyesados brillaban con la luz del sol, y los palos y los trapos que colgaban de ellos, que servían como una especie de toldo, chirriaban y ondeaban con la suave brisa del viento. Las hojas del solitario olivo que se alzaba cerca de su casa susurraban y se mecían con el aire. Varios verderones picaban en una charca de agua quieta cerca de una columna rota de piedra, graznando a coro. Aquel lugar estaba a un buen par de horas a pie de la ciudad costera de Sami; podían pasar días sin que Cassandra tratase con una persona. «El lugar perfecto para que una mujer viva lo que le queda de vida y muera sola», reflexionó. Se volvió de nuevo hacia el mar, miró a lo lejos y contempló el contorno borroso y lejano de tierra firme. «¿Cómo sería mi vida si el pasado no hubiese sido tan cruel?», se preguntó.

Kassandra regresó a su casa y se agachó para poder pasar por debajo de la baja puerta de entrada. La brisa marina descendió hasta desaparecer. Miró alrededor de la única habitación que conformaba su hogar: una cama de madera, una mesa, un arco para cazar y un arca con objetos simples (un peine roto de marfil y una vieja capa). Las costas de Cefalonia no estaban rodeadas por una cerca, ni ella estaba encadenada al lugar. Era la pobreza lo que la ataba a aquella isla. Nadie, salvo los ricos del lugar, podía siquiera soñar con escapar de ella.

Se sentó en un taburete que había junto a la mesa y se sirvió una taza de agua de una cratera de arcilla. Después, desenvolvió el bulto

envuelto en pellejo que había preparado por la mañana. Una pequeña hogaza de pan (duro como una piedra), un jirón del tamaño de un dedo de carne salada de liebre y un pequeño tarro que contenía tres diminutas aceitunas le devolvieron la mirada. Una comida muy pobre. Le rugió el estómago en señal de protesta, exigiendo saber dónde estaba el resto de su comida.

Kassandra alzó la vista. A través de la pequeña ventana al otro lado de su hogar, vio el agujero recién hecho que había en el suelo. Hasta el día anterior, su silo de almacenamiento contenía dos sacos de trigo y una liebre salada entera, una rodaja de queso de cabra y una docena de higos secos. Suficiente para alimentarse durante cinco o seis días. Pero el día anterior, al volver de una infructuosa sesión de pesca, había visto a dos matones en plena huida, a lo lejos, con sus provisiones. Le llevaban casi un kilómetro de ventaja y Kassandra estaba demasiado hambrienta como para intentar darles caza, así que esa noche se había echado a dormir con el estómago vacío. Sin darse cuenta, pasó la yema del dedo gordo por el filo de la lanza de Leónidas: afilada a la perfección. Sintió cómo cortaba la superficie de su piel y susurró entre dientes el nombre de aquel que atormentaba sus días; la persona que había enviado a los ladrones a su casa:

—Te maldigo a una muerte entre las llamas, Cíclope.

Devolvió su atención a aquella exigua comida. Tomó el pan, lo mojó en un poco de aceite para que se ablandara y se lo llevó a la boca. El rugido de otro estómago que no era el suyo la hizo detenerse. Miró hacia el umbral y descubrió allí parada a una niña que contemplaba la patética hogaza de pan del mismo modo que un hombre contemplaría una torques de oro.

—¿Febe? —preguntó Kassandra—. Hacía días que no te veía.

—Ah, no te preocupes por mí, Kass —dijo Febe, mientras se examinaba las uñas sucias. Se apartó unos mechones de pelo oscuro tras las orejas y comenzó a jugar con el dobladillo deshilachado de su estola sucia y de un color blanco deslucido.

Kassandra paseó la mirada de la niña a la hogaza, y de ahí al alféizar de la ventana, en donde se posó una silueta oscura. Ícaro, los ojos muy abiertos, la obsequió con la misma mirada esperanzada, pero lo

que le interesaba era la porción de liebre salada. «Ni por mí», interpretó que significaba el chillido que lanzó el águila.

Se apartó de la mesa con una sonrisa que no engañaba a nadie. Le lanzó la carne a Ícaro y la hogaza de pan a Febe. Un ansia voraz se adueñó de ambos al instante, y se afanaron en engullir con deleite la paupérrima comida. Febe era una huérfana de doce años nacida en Atenas. Cassandra se había cruzado por primera vez con la niña hacía tres años, cuando la pequeña mendigaba por las calles cerca de Sami. Aquel día, al pasar de camino a la ciudad, le había dado unas pocas monedas. A la vuelta había cogido a la pequeña y se la había llevado a casa, la había alimentado y le había permitido dormir en su refugio. Verla hizo que Cassandra rememorara tiempos pasados, la hizo evocar los recuerdos lejanos de aquella calidez indefinida y agradable, hizo que recordara aquella llama interior que se había apagado hacía tanto. *No es amor*, se prometió a sí misma, *nunca volveré a ser tan débil*.

Suspiró, se puso en pie mientras se colgaba su arco y cogió un odre de cuero relleno de agua.

—Venga, demos una vuelta mientras comemos. —Cogió las aceitunas y se las metió en la boca. Probar la pulpa suave y salada y el rico aceite supuso una pequeña tortura, porque despertó sus papilas gustativas, pero apenas la ayudó a saciar su hambre—. A no ser que queramos que esta sea nuestra última comida, tenemos que ir a visitar a Markos. —«Al pedazo de escoria de Markos», añadió para sus adentros mientras se colocaba los brazales de cuero—. Ha llegado la hora de cobrarnos algunas deudas.

Pusieron rumbo al sur y siguieron durante un rato un camino soleado que iba pegado a los acantilados de la costa antes de girar y adentrarse en el interior de la isla. El calor se iba intensificando conforme se acercaba el mediodía, y atajaron por un campo salpicado de violas. El aire estaba impregnado de los aromas procedentes de las plantas de orégano y de una arboleda de limoneros silvestres. La hierba alta le acarició las pantorrillas, vieron mariposas revoloteando por su camino en forma de destellos carmesíes, ambarinos y azulados, escucharon cigarras que chillaban por el calor. En aquel momento, la guerra y el pasado no

podían estar más lejos, al menos hasta que bordearon y dejaron atrás Sami. La ciudad portuaria carecía de murallas y era un laberinto de casuchas y hogares sencillos de fachadas blancas que rodeaban una colina elevada de villas construidas de mármol. Los hombres adinerados charlaban y sorbían vino en los tejados y los porches. Tanto caballos como trabajadores cubiertos de sudor con el torso desnudo se afanaban a transportar las cosechas de aceitunas y los troncos de pinos por las calles angostas del atestado mercado en dirección a las dársenas. Las embarcaciones de transporte intentaban abrirse paso a empujones en los muelles de piedras de color claro, desde donde se transportaban los materiales a los astilleros y los almacenes de provisiones del ejército ateniense. Las campanas repicaban, los látigos restallaban y la música de lira resonaba procedente de los templos, desde donde también ascendían unas columnas de humo claro y perfumado. Kassandra solo se adentraba en la ciudad cuando tenía necesidad, para ir en busca de comida o provisiones que no pudiera obtener de ninguna otra manera.

Y para hacer los trabajos que le mandaba Markos.

La llamaban *misthios*. Mercenaria. En ocasiones la contrataban para entregar mensajes o para escoltar cargamentos de materiales robados... pero la mayoría de las veces era para hacer una tarea que solo unos pocos eran capaces de realizar. Se le endureció el corazón al pensar en su encargo más reciente, que la había conducido a una guarida cercana a los muelles donde se ocultaba un grupo de bandidos infames. Aquella noche oscura la lanza de Leónidas se había manchado de rojo y el aire se había llenado del hedor a tripas desgarradas. Cada asesinato era como una semilla espinosa de culpa que enraizaba en su interior... pero nada de lo que había hecho para Markos era comparable al roble perverso y retorcido nacido de aquella noche de su infancia al borde de un precipicio, ni tampoco a las dos muertes que le habían cambiado la vida para siempre.

Sacudió la cabeza para evitar que los recuerdos la invadieran y en su lugar pensó en su bolsa vacía. Cuando había regresado para informar a Markos del éxito de su empresa en la guarida de los muelles, el hombre se había vuelto a escaquear de pagarle. ¿Cuánto le debía ahora? Se sintió invadida por una gran indignación. «Markos es escoria, es un delincuente, es un asqueroso...»

Un nuevo recuerdo irrumpió en su torrente de pensamientos: sus primeros momentos en aquella isla frondosa, hacía veinte años. Aquel día Markos la había encontrado en la playa de piedras al norte de la ciudad, arrastrada por las olas junto a su balsa rota. Recordó sus rasgos picados y aceitosos y sus rizos oscuros y grasientos y lo que dijo al mirarla.

—Eres un pececito muy raro —rio, y le dio unas palmaditas en la espalda mientras ella vomitaba agua salada hasta vaciarse el estómago y los pulmones.

La había alimentado durante un tiempo, pero había parecido deseoso de deshacerse de ella... hasta que se percató de lo fuerte y ágil que era.

—¿Se puede saber quién en toda Hellas te ha enseñado a moverte así? Alguien como tú podría serme útil —observó.

Los pensamientos se desvanecieron al dejar Sami a sus espaldas. Febe se adelantó a saltitos, con la cabeza alzada para mirar cómo Ícaro surcaba los cielos mientras “hacía volar” a su vez a su águila de madera y profería chillidos. Al llegar a una bifurcación del camino, Febe echó a correr por el lado de la derecha.

—¡Ya casi hemos llegado! —gritó por encima del hombro.

Kassandra se quedó mirándola fijamente, perpleja. La ruta conducía al monte Ainos. Sobre la cumbre rocosa se alzaba una estatua de Zeus, el Dios de los Cielos, cuya pose arrogante estaba blanqueada por el sol. Se apoyaba sobre una rodilla y alzaba una mano que enarbolaba un rayo. Las lluvias habían hecho que las tierras alrededor de las pendientes más bajas fueran ricas en minerales, lo que había permitido plantar las terrazas de viñedos que decoraban la base de la montaña. Cada escalón estaba ocupado por vides verdes, almacenes de piedra plateada y villas con techos de tejas rojas.

—No te hagas la graciosa, Febe —la llamó Kassandra, e hizo un gesto al camino de la izquierda—. Vamos donde Markos, que queda cerca de la cala del sur, y... —Su voz se fue apagando al ver que Febe salía disparada en dirección al viñedo más cercano. La finca siempre había estado ahí, pero no podía decir lo mismo de la figura entre las vides que portaba una capa verde y blanca—. ¿Markos? —susurró.

—Me pidió que no te lo dijera —dijo Febe cuando Cassandra la alcanzó al borde del viñado.

—Por supuesto —susurró Cassandra—. Quédate aquí.

Se escabulló entre dos trabajadores que podaban las plantas en la terraza más baja. Los hombres ni siquiera se percataron de su presencia, o de la de Febe, que la seguía con su acostumbrada desobediencia. Mientras se deslizaba entre las vides oyó a Markos discutir con un trabajador que era evidente que sabía más que él.

—Haced lo que os digo —comenzó, e hizo una pausa para reprimir un hipido—, y cultivaremos uvas del tamaño de melones —insistió, y a continuación echó la cabeza hacia atrás y dio un largo trago de lo que evidentemente era un pellejo de vino apenas aguado.

—Mataréis a la planta, maestro Markos —intentó razonar el trabajador, echándose hacia atrás el sombrero de ala ancha—. No podemos permitir que la fruta crezca ni este año ni el siguiente o, de lo contrario, los tallos se doblarán y se romperán. Tenemos que esperar al tercer año para realizar la primera cosecha.

—¿Tres años? —farfulló Markos—. Por Hades, ¿cómo se supone que voy a pagar a...? —Se calló de improviso al ver surgir a Cassandra de entre las viñas—. Ah, Cassandra. —Sonrió, y abrió tanto los brazos que casi le dio un manotazo al bienintencionado trabajador.

—¿Te has comprado un viñado, Markos?

—A partir de ahora solo beberemos los mejores vinos, mi niña —ronroneó, giró sobre sí mismo y abarcó todo lo que había a su alrededor con un gesto que casi le hizo perder el equilibrio. Febe, que no paraba de entrar y salir de los viñedos cercanos, soltó una risita y partió de nuevo tras Ícaro. El águila comenzó a chillar, nerviosa, pero Cassandra tenía la cabeza puesta en otra parte.

—No quiero ni tus uvas ni tu vino, Markos —insistió—. Febe y yo necesitamos comida, ropa y un lugar donde dormir. Quiero las dracmas que me debes.

Markos se encogió un poco ante sus palabras y jugueteó con la boquilla del pellejo de vino.

—Ah, sigues siendo tan *misthios* como siempre. —Rio con nerviosismo—. Bueno, es que verás, esas monedas tardarán un poco en llegar.

—A juzgar por lo que he oído, el retraso va a ser de tres años —espetó Cassandra. Levantó la vista y vio que Ícaro estaba volando en círculos y chillando con fuerza. Se vio asaltada por un sentimiento de inquietud: de normal el águila no se alteraba tanto cuando jugaba con Febe.

Markos interrumpió sus pensamientos:

—Cuando las uvas se conviertan en vino poseeré una gran cantidad de dinero, querida. Pero primero tengo que pagar el préstamo que recibí para pagar este sitio. Digamos que voy un poco retrasado con los pagos.

—Bastante retrasado —dijo de forma distraída un trabajador que andaba cerca, y siguió podando y atando las vides—, y al Cíclope no le gustan los retrasos.

Markos echó una mirada de salvaje reprimenda a la espalda del hombre.

—¿Te lo ha prestado el Cíclope? —resopló Cassandra, que se apartó de Markos como si este tuviera la viruela—. ¿Esto lo financió él? —Señaló a su alrededor—. Te has metido en un buen embrollo, Markos, ¿acaso eres estúpido?

A continuación, echó un vistazo a las brillantes laderas de color dorado verdoso del monte Enos, preocupada por si su voz se había escuchado demasiado lejos.

—El Cíclope me odia. Sus hombres saquearon mis almacenes. Ya ha matado a varias decenas de hombres en esta isla y le ha puesto un precio a mi cabeza. Sabe que trabajamos juntos. Como no le pagues, seré una de las primeras personas que sufrirán las consecuencias.

—Eso no es del todo cierto —dijo una voz ronca detrás de ellos.

Kassandra giró sobre sus talones en dirección al viñedo y vio a dos extraños con sendas sonrisas dibujadas en sus rostros. Uno de ellos, con un rostro que recordaba a una pera aplastada, retenía a una Febe paralizada del miedo. Le había tapado la boca con una mano y puesto un puñal en la garganta. Entonces Cassandra reconoció a la pareja: eran los que habían desvalijado su silo la noche anterior. «¿Por qué no te hice caso, Ícaro?», se reprendió a sí misma mientras el águila volaba en círculos y seguía chillando alarmada.

—Como intentes algo, le rebanamos el gáznate a la muchacha —dijo el otro hombre, que daba golpecitos con una espada corta contra la palma de la mano que tenía libre. Su frente sobresalía como un acantilado, tan protuberante que echaba sombra sobre sus ojos—. Markos ha acumulado una buena deuda, pero tú también, *Misthios*: te has cargado el casco de uno de los barcos de mi capitán y has matado a varios de sus escoltas, que, por cierto, eran amigos míos. Así que, ¿qué te parece si vienes con nosotros y, para la satisfacción de mi capitán, arreglamos este asunto?

Kassandra sintió que se le helaba la sangre de las venas. Sabía que si iba con ellos la matarían y, en el mejor de los casos, a Febe la convertirían en esclava, pero resistirse supondría la inminente muerte de todos ellos en aquel mismo lugar.

Pasó un tenso momento. Kassandra no se movió.

—Parece que la *misthios* no tiene muchas ganas de venir por las buenas —gruñó el de la frente de acantilado—, se va a enterar de que vamos muy en serio.

A Kassandra se le congeló el corazón. «Observa a tu oponente», le siseó Nikolaos de entre las brumas del pasado. «Los ojos desvelarán sus intenciones antes incluso de que hagan cualquier movimiento.»

Vio cómo el matón que retenía a Febe dirigía su mirada a la chica y los nudillos de la mano que sostenía el puñal se tornaban blancos. Todo ocurrió en un único y visceral acto reflejo: Kassandra se lanzó hacia delante al tiempo que extraía la lanza atada a su cinturón y atacaba con ella como si de un látigo se tratase. La parte plana de la hoja impactó contra la sien del matón. Al hombre se le pusieron los ojos en blanco; de su nariz empezó a chorrear sangre y se desplomó como un montón de ladrillos derribados de una patada. Febe se alejó tambaleándose y llorando. Kassandra tiró de la cuerda de la lanza y esta vez la asió por el asta. La enarboló como un auténtico hoplita.

El de la frente le sostuvo la mirada, arrastró los pies, hizo un amago de atacar por la izquierda y luego se abalanzó por la derecha con un bramido. Kassandra apoyó el peso de su cuerpo en un pie para dejar que el enemigo pasara por su lado y se precipitase. Cuando el hombre se frenó y volvió a por ella, se puso en cuclillas y con la

lanza rajó el vientre de su oponente de un lado a otro. El matón contempló el agujero que era ahora su tripa, luego miró a Markos y a Cassandra con una mueca perpleja y cayó de cara contra el suelo.

—Por las pelotas de Zeus —gimió Markos. Se llevó las manos a los grasientos rizos y cayó de rodillas, pasmado ante la visión de los dos cadáveres—. El Cíclope me va a matar, no hay duda.

Kassandra abrazó fuerte a Febe, que seguía llorando, la besó en la cabeza y puso las manos en las orejas de la muchacha para que no escuchara la discusión.

—Enterremos los cuerpos, así nadie sabrá qué ha pasado con ellos.

—Acabarán descubriéndolo —se lamentó Markos—. Que te quede claro: hoy le has cortado dos cabezas a la bestia, pero otras cuatro crecerán para tomar su lugar. Y la ira del Cíclope se triplicará. Como ocurre con cualquier tirano, o le obedeces sin rechistar... o lo destruyes completamente, ¿no te das cuenta? —Hizo un gesto despectivo—. Yo no soy ningún mentor, quizás algún día encuentres a uno mejor.

—Y quizás sea mejor que dejes esa bota de vino y aclares tus ideas. Tienes que encontrar la manera de pagar tus deudas al Cíclope.

Los ojos saltones de Markos escrutaron el éter frente a su rostro, que poco a poco se fue descolgando en una mueca de desesperación. A continuación, como si de repente le hubiera alcanzado un rayo invisible, se estremeció, se levantó y se acercó a Cassandra con fuertes pisotones. La agarró por los hombros y la zarandeó.

—¡Eso es! Hay una manera de conseguirlo.

Kassandra se encogió de hombros.

—¿Una manera de conseguir un saco lleno de plata en esta isla? No lo creo.

Markos entrecerró los ojos.

—No me refería a la plata, querida, sino a la obsidiana.

Kassandra lo miró sin comprender.

—Piénsalo. ¿Qué es lo que más aprecia el Cíclope? ¿Sus hombres, sus tierras, sus barcos? No, su ojo de obsidiana. —Empezó a darse intensos golpecitos bajo uno de los ojos—. Hasta tiene vetas doradas. Así que le robamos el ojo, lo vendemos en algún lado del continente, o puede que a algún mercader ambulante, y luego nos

hacemos con un saco lleno de plata. Tendremos lo suficiente como para amortizar el viñedo y pagar lo que te debo. También será suficiente como para alimentar a Febe —exclamó, encantado de haber encontrado al fin una razón más altruista.

—¿Vamos a robarle el ojo al Cíclope? ¿Nosotros?

—Nunca lo lleva puesto. Es demasiado valioso, de manera que lo guarda en su casa.

—Pero su casa es como un fuerte —dijo Cassandra con frialdad al pensar en la guarida tan bien vigilada que se encontraba en la pequeña península situada al oeste de la isla—. La última persona que intentó entrar fue Skamandrios, y desde entonces nadie lo ha vuelto a ver.

Los dos hicieron una pausa para pensar en Skamandrios, aquel *misthios* con aspecto de comadreja, y en los cientos de posibles destinos que puede que sufriera. Algunas de las maneras favoritas del Cíclope de eliminar a sus enemigos eran quemándolos, desollándolos o desmembrándolos poco a poco. No es que Skamandrios supusiera una gran pérdida para la sociedad, pero se enorgullecía de su sigilo y rapidez. Algunos lo llamaban la Sombra.

Kassandra sacudió la cabeza para aclarar sus pensamientos.

—A ver, volvamos al asunto que nos atañe... ¿*Nosotros* vamos a robarle el ojo?

Markos se acobardó un poco y se encogió de hombros con cierto patetismo.

—Tú eres la *misthios*, querida. Yo solo sería una carga para ti y, como es muy importante, *importantísimo*, que todo salga bien, no te voy a comprometer.

—Me preocupa más que me pille —explicó Cassandra.

—No te va a pillar, porque no se encuentra en su guardia. —Markos meneó un dedo—. Como bien sabrás, han convocado a casi todas las galeras privadas para unirse a la flota ateniense, y la *Adrestia* es una de las últimas embarcaciones que quedan. El Cíclope ha salido de caza y esa galera es su presa. Según tengo entendido, está bastante enfadado con el trierarco de la nave.

Febe se escabulló de los brazos de Cassandra y preguntó:

—¿Qué sucede?

—Nada, pequeña —respondió primero Markos—, Cassandra y yo solo estábamos discutiendo sobre cuánto dinero le debo. A ella aún le queda un último trabajo que hacer para mí y se lo pagaré después. ¿No es así, querida? —dijo a Cassandra.

—¿Entonces podremos cenar todas las noches como unas reinas? —preguntó Febe.

—Sí —respondió la mujer en voz baja mientras acariciaba el pelo de Febe.

—Estupendo —dijo suavemente Markos—. Te quedarás aquí esta noche y disfrutarás de una buena comida: mójol frito, pulpo, pan recién hecho, yogur, miel y pistachos y varias cráteras de vino, y, después, podrás descansar en una cama cómoda. Mañana te pondrás en camino.

A continuación, para que Febe no lo escuchara, susurró:

—Y recuerda que no te han de ver, porque de lo contrario, a los tres nos van a... —Pasó un dedo alrededor de la garganta y sacó la lengua.

Kassandra clavó una mirada resentida en Markos.